

EL SITIO DE LAS ABRAS, ENTRE EL LABRIEGO SENCILLO Y EL PEÓN EXPLOTADO: UNA RELECTURA DE LA FIGURA DEL CAMPESINO

*Marianela Muñoz Muñoz**

ABSTRACT

This article seeks to unwrap other interpretations in relation to being a peasant in *El sitio de las abras*. One reason for this analysis is that the biased misconceptions of the character –in this text- perceived only as a “farm land worker” are insufficient. Likewise, if the text is considered in the light of the socialist view of Marxism, in which the character is the representative of the “exploited low working land class”, we can point out a partial radical position. Thus, the reason why we are attempting to open this dialogue is to value the characteristics of the Costa Rican peasant in Doble’s novel, which still prevail and transcend the heritage of the nationalists discourse (early in the century) and the socialist struggles in the 1940’s.

Key words: Costa Rican literature, dialogism, nationalist discourse.

RESUMEN

Este artículo pretende desentrañar nuevas interpretaciones del *ser campesino* de *El sitio de las abras*, puesto que analiza los personajes, únicamente, como tributarios de un constructo del imaginario nacional - del “labriego sencillo”- resulta insuficiente. Igualmente, si el texto sólo se considera como “novela de pancarta” -donde a raíz de la denuncia social que se plantea, el personaje es representante de una “clase”, el peón explotado- señalamos una crítica maniquea y por ende, parcial. Por ello, la intención de este diálogo consistirá, entonces, en valorar el campesino de la novela de Dobles, en su vigencia y trascendencia, más allá de la herencia del discurso nacionalista de principios de siglo y más allá de las luchas socialistas de los años 40.

Palabras clave: literatura costarricense, dialogismo, discurso nacionalista.

“¿Quién no tuvo un abuelo que, alguna vez,
fue dueño de su vida y de sus propias cosas?”

F. Dobles

El sitio de las abras

1. Introducción

La novela *El sitio de las abras*, de Fabián Dobles aparece en 1950 y como tal, se enmarca dentro de la producción literaria de la

“generación, promoción, grupo del 40” (Picado, 1983: 13)¹. A pesar las discusiones historiográficas acerca de la pertinencia de una “etiqueta generacional”, la crítica literaria ha reconocido una serie de afinidades éticas y estéticas entre autores como Adolfo Herrera García, José Marín Cañas, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles, Joaquín Gutiérrez y Yolanda Oreamuno.

Una de las coordenadas que atraviesa la narrativa de estos escritores es la problemática social del campesino; verbigracia, el texto

** Profesora de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica.

asumía la vertiente del llamado “realismo agrario”. En esta dirección, confluyen obras como *Juan Varela* (1939), *Pedro Arnáez* (1942), *Mamita Yunai* -caso concreto de los trabajadores de las bananeras- (1941) o *El sitio de las abras* (1950).

Precisamente, el presente artículo considera el protagonismo del “campesino” (figura emblemática), a partir de las lecturas a las cuales la crítica literaria lo ha reducido en *El sitio de las abras*, de Fabián Dobles. En cuanto la novela narra la historia de cuatro generaciones de trabajadores de la tierra, sus personajes han sido interpretados de forma maniquea, ya sea según el estereotipo del “labriego sencillo” o según la marca del “peón explotado”.

El objetivo del artículo consiste en desentrañar otras interpretaciones del campesino, sugeridas tanto por el texto mismo, como por la presencia histórica de un “tipo” cuya problemática no pierde vigencia, tal como lo manifiestan las líneas genealógicas de la mayoría, o bien, las reacciones del sector agrario ante los debates suscitados por el Tratado del Libre Comercio con los Estados Unidos.

Por lo anterior, el tema será desarrollado según el siguiente esquema:

El protagonismo del campesino: con el fin de identificar el arquetipo construido por Dobles.

El aparato crítico en torno a *El sitio de las abras*: lo cual permite reconocer las principales claves de lectura, mediante las cuales el texto ha sido analizado.

El campesino maniqueo: para evidenciar el resultado de una crítica textual que reduce al personaje, presentándolo ya sea como “labriego sencillo” o como “peón explotado”.

Las nuevas aproximaciones: en vías de dilucidar otras formas de interpretación, más allá de las dos categorías mencionadas.

En el marco de un Coloquio acerca de la Literatura Costarricense, la figura del campesino, ya bastante “gastada” por los discursos ideológicos y políticos, no puede estar ausente porque, en palabras de *El sitio de las abras*: “¿quién no tuvo un abuelo que, alguna vez, fue dueño de su vida y de sus propias cosas?”

2. Protagonismo del campesino

El argumento de la novela presenta un eje recapitulador sugerido desde el paratexto y conformado por la tierra misma; se trata de “las abras” (aberturas entre dos montañas), en torno a las cuales los personajes se caracterizan y desarrollan su conflicto. En virtud de esta primacía de lo telúrico, con lo cual el sujeto se vincula en una relación de dependencia, aquel cuyos sudores la hagan fecunda –es decir el “campesino”– se convertirá en el protagonista de la historia de Dobles. Precisamente, ésta inicia con la llegada de una familia de pioneros que emigra del Valle Central, con el fin de adquirir un terreno en medio de las montañas de Turrialba.

La narración se desarrolla a partir de las vicisitudes de los Vega, en su proceso de obtención y pérdida, a través de cuatro generaciones, de tal espacio: el sitio de las abras. Cabe rescatar que dicha genealogía establece un hilo conductor a lo largo de la novela, el cual se desenvuelve en una secuencia de llegada a la tierra, generaciones de la tierra, pérdida de la tierra y proceso de recuperación de la tierra; es decir, ante todo se trata de la relación hombre-campo, mediante la cual se construye el arquetipo.

2.1. La llegada de los caudillos

Espíritu Santo Vega y su esposa Dolores decidieron buscar “tierra propia”, respondiendo a las políticas de colonización agraria, impulsadas por el gobierno benefactor². Esta primera generación encarna el enfrentamiento entre el hombre y la naturaleza, donde el primero asume el reto de vencer su carácter inhóspito (es capaz de matar a los niños con pestes y animales salvajes), con el fin de convertirla en su aliada y proveedora:

El padre y los hijos ampliando el abra, que era ampliarse a sí mismos, prolongándose como si fueran semillas, en la tierra (Dobles 1977: 15)

Esta fase, una vez que la montaña es domada por la fuerza y el trabajo del hombre, es idílica. Representa el paraíso de la pequeña propiedad, el cual se añorará durante el resto de la narración.

2.2. *La experiencia de los hijos de los pioneros*

Magdalena y Remigio reciben la estafeta de la tierra, junto a siete hijos más, quienes carecen de trascendencia; no así Martín Villalta, símbolo de gallardía y virilidad, cuya valentía evita que se pierda lo trabajado, ante los primeros intentos de latifundio. El gran enemigo de esta etapa es el mismo hombre, don Ambrosio Castro, quien intenta cercar a los abrereros y obligarlos a vender la tierra:

- No me diga, ñor Coto, no me diga. Y ¿ustedes piensan aflojar tan fácilmente?
- Todavía lo estamos dudando, todavía la fuercemos. Pero ¿qué remedio nos va a quedar? ¿Machetear a don Ambrosio?...
- Pues yo, por mi parte, no le temo a ese individuo. Que trate de perjudicarme y verá cómo le respondo. (Dobles 1977: 57)

2.3. *La derrota de los abrereros*

Marcelino Vega, hijo de Magdalena y Martín Villalta sucumben ante las imposiciones de Laureano Castro (hijo de don Ambrosio); una vez que la tierra ha sido parcialmente abandonada, por los trabajos en el aserradero, el enemigo entorpece las actividades de subsistencia obstruyendo el paso del agua. Poco a poco, los hijos y nietos de los abrereros empiezan a ceder sus conquistas y a convertirse en peones:

- El agua fue desviada. Y entonces perdió su vejez apacible y por un momento volvió a ser el Vega adulto. Comprendió que ahora sí, nada podría impedir quedar vencido. Miró su trabajo de media vida destrozado y, llamando a Marcelino, que era un muchacho de catorce años, le dijo:
- Quiero ir a verlo con mis ojos. (Dobles 1977:112)

2.4. *La esperanza del cambio*

Martín Vega, hijo de Marcelino Vega se relaciona con la tierra desde una perspectiva nostálgica; pues ésta se asocia con la edad dorada, donde –aún como hijo de servidumbre- creció junto a la señorita Laflair (tierra en manos extranjeros) y, al mismo tiempo, escuchó historias de

sus antepasados. Debido a la ambivalencia de este recuerdo –entre la pertenencia y el exilio- una vez adulto, inicia su relación con movimientos socialistas que promueven la justicia para los trabajadores del campo; por ello, regresa a las abras con un proyecto reformador de organización sindical:

- La casa de los propietarios se alza a hora donde - ¿fue alguna vez, existió en realidad?- estuvo y palpitó la casa de los Vegas. De dos pisos y anchos aposentos, tiene todas las comodidades modernas y en sus ventanas el cedazo impide la entrada a mosquitos; la rodean jardines y árboles de naranja y limón, y para llegar hasta ella desde el beneficio hay un trayecto pavimentado con asfalto, que construyeron sobre el antiguo empedrado puesto a mazazos por ñor Espíritu Santo. Pero esto solamente lo sabe desde dentro Marcelino Vega. Además ¿a quién le importa? (Dobles 1977: 121)

Él, en cambio, siente un pasado robusto, hermoso y digno ya su frente todo un camino por recorrer: sus luchas, sus ideas, su gente. (Dobles 1977: 180)

Nótese cómo, de una u otra forma, las cuatro generaciones se definen a partir de su relación con la tierra; esto es, según su condición de campesinos. Quiere decir que aquel eje temático particular de la Generación de los 40, identificado como realismo social, se manifiesta en Dobles, en cuanto *El sitio de las abras* narra las vicisitudes de una familia cuya forma de subsistencia –y más aún, la definición de su identidad- se verifica mediante el trabajo del campo.

Ahora bien, el hecho de que el personaje sea arquetípico de una generación literaria e incluso de una ideología nacionalista ha provocado, en el decurso de la crítica literaria, posturas radicales y hasta encontradizas, tal y como se manifiesta a continuación.

3. **El aparato crítico de *El sitio de las abras***

Desde su aparición en 1950, su identificación con la temática y discursos de la Generación de los 40, hasta su valoración en el conjunto global de la literatura costarricense,

la crítica de la novela *El sitio de las abras*, ha emprendido, desde el punto de vista historiográfico, las siguientes lecturas:

La biografista: donde se buscan las señas *biográficas* del autor en su narrativa (crítica periodística).

La ideologista: donde la creación literaria se interpreta desde la presencia de la *ideología* marxista (Emma Gamboa, Guillermo Oses).

La estructuralista: donde la novela, como objeto, se estudia según sus categorías *estructurales* inmanentes (Marco Vargas).

La comparatista: donde se intenta ubicar la novela en el conjunto de la narrativa costarricense, *comparando hitos comunes* que conforman un proceso de literatura nacional (Flora Ovares et alii; Álvaro Quesada).

3.1. *El biografismo*

La crítica contemporánea a la primera edición de *El sitio de las abras*, se redujo sobre todo a comentarios periodísticos y columnas editoriales. El interés radicaba en la aparición de “una nueva obra del autor”, con lo cual los análisis del texto en sí fueron descartados en aras de posturas biografistas, cuyo interés radicaba en las búsquedas de las señas del autor y el calco de su pensamiento en el conjunto de su narrativa:

En este punto la función del crítico es doble. No solo tiene que reconocer en la obra el elemento personal del autor, *sino que además tiene que comprobar si tal elemento está garantizado efectivamente por la vida del escritor*. Esta comprobación es lo que le da fundamento a las valoraciones sobre autenticidad, sinceridad, espontaneidad [...]. (Picado 1983:43. La cursiva es nuestra)

En este sentido, el texto adquiere su valía de acuerdo con las reminiscencias personales que evidencie. Picado agrega que, incluso, cuanto a juicio del crítico represente “un toque personal”, “es visto de modo positivo”. Ahora bien, dicha intención desemboca, inevitablemente, en la segunda postura; puesto que, además de experiencias, el autor es discurso, es plausible indagar en el contenido político o ideológico de sus textos:

Él se sabe en la actualidad apoyado y ya no le importa mucho dejarse ver por el comisariato, aparte de que oyendo a Martín ahora comprende que a más del interés personal que a él y a los otros les va en el asunto, representan algo más: son la encarnación de un *deseo colectivo*, nacional, de todos los *campesinos sin tierra*. Y en el fondo de su corazón, hombre al fin, se siente orgulloso. Es capitán en una *lucha de todos*. (Dobles 1977:172. La cursiva es nuestra)

3.2. *El ideologismo*

A partir de la intención de homogeneizar el discurso del autor con el de la novela, *El sitio de las abras* fue catalogada como texto de corte socialista-marxista. Puesto que Fabián Dobles participa activamente del Partido Comunista y en el texto se mencionan las “luchas de clases”, la novela resultó estigmatizada con la ideología marxista, aunque dicha categorización suscitase controversias (Oses, 1976)³ o inclusive, censura por parte del discurso oficial:

Como en otras obras de Dobles, en estas e pierde a veces el sentido épico con la intromisión del autor y de sus ideas en el relato. (Bonilla 1981: 323)

Por otra parte, esta vertiente analiza la obra enmarcándola en el movimiento del Realismo Social. Al respecto, Emma Gamboa señala en el prólogo de la novela, en 1974 lo siguiente:

Esta novela puede considerarse como introductoria a toda la obra realista de Fabián Dobles, no por orden cronológico, sino porque ella presenta el problema de la posesión de la tierra desde su rompimiento por los pioneros hasta su adueñamiento por los acaparadores (Gamboa, 1974, 168).

Quiere decir que la crítica asumió una valoración ideológica o referencial del texto, de la cual se derivará la equivalencia del personaje campesino como la pancarta de las luchas obreras de la década de los 40 y los discursos socialistas que reunían a la Generación:

Habiendo crecido en medio de una vida de labradores dueños de sí mismos y su tierra, el modo de vivir actual en un latifundio ajeno edificado

en parte sobre los despojos de su propia estirpe tenía sólo una realidad: la añoranza y el odio. (Dobles 1974: 169)

3.3. *El estructuralismo*

La crítica de la década de los ochenta está caracterizada por una influencia directa de las innovaciones en el campo de la teoría literaria de los setenta: renovación del concepto de literatura, de autor y de lector. Por ello, las teorías estructuralistas propondrán el estudio del texto, por el texto mismo; por ejemplo en el caso de la tesis de M. A. Vargas (1986) quien considera la elipsis temporal del texto o un estudio posterior de M. Vargas (1989), acerca del *incipit*.

En esta dirección, la figura del campesino no resulta pertinente para las elucubraciones interpretativas de la novela.

3.4. *El comparatismo*

Se trata de un intento emprendido por la crítica de los noventa por dilucidar los criterios generales que unifican la literatura costarricense. Por ejemplo, en el texto *La casa paterna* (Ovares et alii, 1993), se señala la participación de la novela de Dobles en la conformación de una “identidad costarricense”, mediante el reconocimiento de tópicos y lugares comunes (uno de ellos, precisamente, el campesino). Allí, se reconoce la coincidencia de *El sitio de las abras* con los temas de “la arcadia y utopía”, “familia y partido” y “ayer y hoy” que confluyen en otras manifestaciones de la narrativa nacional.

Asimismo, en la edición de las Obras Completas de Fabián Dobles, del año 1993, Álvaro Quesada señala la función de Dobles en la Generación de los 40, con lo cual nuevamente se rescata la intención conjuntiva.

Es allí, a partir de la intención recapitulada de la crítica de los 90, cuando se evidencia que, producto de la crítica anterior, el campesino -arquetipo de la literatura costarricense en general y como personaje de Dobles en particular- representa ya sea la mítica concepción del “labriego sencillo” o la violentada realidad del “peón explotado”. Por esta ambivalencia,

podemos hablar de lecturas maniqueas y reduccionistas, cuyo efecto se traduce en personajes planos y sin trascendencia discursiva, más allá de las categorías ya establecidas.

4. **El campesino maniqueo**

La crítica contemporánea ha presentado cómo, en ocasiones, las manifestaciones de la cultura han sido vehículo de transmisión del discurso oficial, mediante la creación de mitos e identidades⁴. En este sentido, los discursos nacionalistas resultan desenmascarados cuando se evidencia que la propia figura del campesino constituye un “constructo” ideológico, sustentado y definido a partir de los intereses de los poderosos.

Con respecto a la intención de la Oligarquía del siglo XIX, de forjar referentes para el imaginario de “lo nacional”, María Amoretti, en su texto “Sobre identidades y nacionalismos”, señala cómo “la oligarquía reforzó la idea del pequeño campesino que vivía feliz en su casita, humilde pero digna, cuyo trabajo se ve compensado por la generosidad de la tierra”.

Esta es la imagen de la primera generación de la familia Vega, la misma que aparece desde la narrativa de principios de siglo e inclusive se convertirá en símbolo, en el resto de manifestaciones artísticas.

La idea del “labriego sencillo” como representante de la identidad, tuvo su eco en las artes plásticas, donde los motivos del paisaje campesino privaron en la década de los años treinta y cuarenta del siglo XX, cuando los gérmenes de un “arte nacional” empiezan a manifestarse en las obras de Teodorico Quirós o Francisco Zúñiga.

Tanto en la literatura como en lo pictórico, se traslucirá la idea del campesino trabajador y pacífico, en su casita de adobe (en el caso de la pintura, la típica casa de Escazú o Heredia) y en medio de una naturaleza fértil, de belleza exuberante; se trata, ante todo, de imágenes bucólicas. Un cambio de perspectiva, donde este idilio del campesino empieza a manifestar ruptura es, por ejemplo, el caso de Carlos Salazar Herrera, quien en sus xilografías y *Cuentos de angustias y paisajes* introduce ya un matiz de

denuncia social, como un acercamiento a “la realidad campesina”.

Es aquí donde se introduce la segunda perspectiva de interpretación y, por ende, la pluri-vidad del arquetipo del campesino; consiste en una propuesta de corte realista y tributaria de lecturas ideológicas, de la tercera y cuarta generación de los protagonistas de *El sitio de las abras*: se trata de la imagen del “peón explotado”.

El prólogo de Emma Gamboa, con respecto a la novela, trasluce esta doble valoración, porque el campesino o es feliz con su tierra o es esclavo por su tierra. Aquella posibilidad interpretativa del campesino (polifónica) es reducida en una disyuntiva maniquea:

Pioneros de hacha y machete despejaron selvas, roturaron campos incultos y a la montaña arisca le abrieron la entraña y la hicieron maternal y habitable, en esa aborigen experiencia se arraiga nuestra heredad: el amor a la libertad, el decoro y la índole pacífica del pueblo costarricense.

Pero la historia de los precursores y la de los campesinos que los han sucedido no es amablemente bucólica. Las abras son generalmente acaparadas por los más poderosos y a los problemas de la tierra se agregan callados o explosivos dramas íntimos. (En Dobles 1977: 6)

La cita anterior manifiesta esa postura bipolar en la que se enmarca el campesino de *El sitio de las abras*; sobre todo al final, y según la corriente de la crítica ideologista, inicia la interpretación del campesino determinado por una tensión social “de clases”. De esta forma, las lecturas de los personajes de Dobles se restringen a este doble movimiento entre el “labriego sencillo” y el “peón explotado”.

Será el “labriego sencillo” -construido del discurso nacionalista que se hereda desde finales del s.XIX y principios del XX, cuando la oligarquía cafetalera intenta afirmar el propio concepto de nación- siempre y cuando el pionero y sus primeros descendientes coincidan con esta imagen del trabajador, humilde, pacífico a quien la tierra responde generosa con sus frutos. Según este ideal, se convierte en representante y portador de la identidad del costarricense:

Dormían en tapescos, envueltos en gangoches, sobre esteras de venas de guineo. Los ocho hijos pasaban frío y se calentaban los unos con el calor de los otros, mas nadie se quejaba. Había en todos, aun los más pequeños, como una sensación de estar cerrando filas juntos para llevar a cabo una empresa muy seria [...] Hombres y bueyes proseguían realizando su obra; día tras día las abras se venían arrastrando de zarpazo en zarpazo y de sudor en sudor hasta lugares que antes parecían inaccesibles, y el tintineo de los pájaros carpinteros se escuchaba sin cesar. (Dobles 1977:24)

La tierra, si bien constituye un reto para los abrereros, recompensa el esfuerzo y el hombre se iguala a la naturaleza, pues mientras trabaja, hasta los pájaros carpinteros cantan. El “labriego sencillo” compartirá los primeros frutos no sólo con su familia, sino también con el resto de los “colonizadores”, en armonía con la nueva comunidad en formación:

Y la fiesta era de todos. Cada uno había contribuido. Se iban a comer el borrego de los Cotos, doce gallinas de los Vásquez y un ternero de Dolores. Otros trajeron venado y sahíno. La chicha fue hecha con maíz y jengibre de la casa. Varias mujeres habían estado desde antes ayudando en lo de cocinar y preparar. (Dobles 1977: 31)

No obstante, la concordia resulta truncada por el egoísmo y la ambición del mismo ser humano... y el labriego sencillo es desplazado por otro “discurso”. Según el marco generacional en el cual se inserta el texto (la llamada Generación de los 40), el campesino ya no será aquel sujeto feliz en la “arcadia” -con su vida apacible, su casita de adobe en buenas condiciones, beneficiándose de una tierra siempre prodigiosa- más bien, el texto introducirá la imagen de la víctima de una tensión social, donde el latifundio va minando sus esfuerzos de autonomía y donde de pequeño propietario se convierte en “peón explotado”:

Las casas para peones se reparten por distintos lados, en grupos, y son estrechas y ahumadas, de madera y levantadas sobre horcones, porque la lluvia sigue siendo como en los primeros tiem-

pos nutrida y terca [...] Se ven los niños por docenas, panzones y desnutridos, asomarse a las ventanas o jugar en los corredores. Las mujeres lavan ropa, cocinan, van y vienen y paren más hijos. Es una existencia que se lleva casi siempre con mansedumbre porque no se conoce otra. (Dobles 1977: 121. La cursiva es nuestra.)

Desde la amenaza de Ambrosio Castro, hasta la expulsión de los abrereros a manos de su hijo, las condiciones del campesino varían radicalmente. Luego de la elipsis temporal del texto, donde la historia se retoma cuando la tierra está ya en manos de latifundistas extranjeros, la situación del oprimido es cuestionada, señalando los abusos e intransigencias del opresor. El líder sindicalista –cuarta generación de la familia Vega– será el portador del discurso emancipador y, por ende, quien evidencia el arquetipo del “peón explotado”:

Los sábados a mediodía hombres y mujeres hacen fila frente a la ventanilla de la administración para recibir las cubiertas del salario, que no alcanza para llenar ni la mitad de sus más perentorias necesidades. (Dobles 1977: 122)

Ahora bien, si la novela es –según Bajtín– *per se* polifónica y remite a discursos sociales *per se* dinámicos, ¿es el campesino de Dobles sólo eso: labriego sencillo o peón explotado? ¿Resulta el arquetipo, en la literatura costarricense, un constructo de antaño cuya finalidad radicaba en la definición de una identidad cultural o en la denuncia social? Ante tales cuestionamientos, nuevas lecturas.

5. Otras aproximaciones

La preposición “entre”, utilizada en el título de esta reflexión, pretende descubrir otras posibilidades, precisamente “entre” estos dos polos: labriego sencillo y peón explotado. Una nueva interpretación, que reconoce la polifonía del texto literario y, sobretudo, procura desarrollar hábitos de lectura en las nuevas generaciones, encuentra su fundamento a partir de los siguientes hechos: La actualidad de la figura del campesino.

La estructura de la novela: inicio “in media res” y final abierto.

5.1. *La actualidad de la figura del campesino*

Para los lectores del siglo XXI, resulta plausible dialogar con una figura que no es ajena a su realidad –porque todavía existe– y acercarse más allá –en lo posible– de las manipulaciones discursivas plagadas de estereotipos. En este sentido, la palabra que dedique la prensa escrita a la problemática contemporánea del campesinado o las propias manifestaciones que surjan desde la marginalidad, posibilitan lecturas comparadas. Estas relaciones sugieren la circunstancia del campesino, no ya como etiqueta sino como fenómeno: desde el ayer hasta el hoy, desde un punto de vista crítico y reconociendo, sobretudo, las nuevas “abras” que, en el mundo de los TLC, deben emprender los trabajadores de la tierra.

Se requiere de una interpretación “globalizada” que intente ahondar en la historia de este “campesino” como “proceso” –global– cuyas consecuencias nos conciernen. Resulta pertinente vislumbrar nuevas facetas de ese campesino que no sólo es labriego o peón y así completar los vacíos de la novela, reconociendo una trascendencia sociohistórica de la propia temática del texto, actitud dinámica que le resulta inherente.

Se trata de salir en busca de los nuevos Vega y continuar o –por qué no– resolver la historia. De hecho, la función social de la literatura no se agotó con el realismo social o agrario de los cuarenta o cincuenta. Todavía hoy, el lector de *El sitio de las abras*, más aún si es joven, debe ser interpelado por una circunstancia que le atañe como individuo y como sociedad, en un país de producción agrícola, donde posiblemente, recorriendo los árboles genealógicos, se va a encontrar ya no con “los abrereros” si no con “sus abrereros”.

5.2. *El inicio “in media res” y el final abierto*

Las mismas categorías de construcción del texto confirman la invalidez de un discurso monológico en torno al campesino. *El sitio de*

las abras es una historia narrada “in media res”, tal y como se evidencia en el fragmento introductorio del texto:

Ha molido el tiempo tanta harina de hombres y de días, que los que viven allí y los que llegamos de paso, alguna vez, lo ignoramos casi todo. Y, sin embargo, aquellas que ahora no son lejanías, pero que lo fueron entonces, tienen una historia larga, honda y también dolorosa. Solo que ha ido pasando sobre la tierra casi inadvertida, como tantas otras, y los huesos de los que fueron y la esculpieron con sus vidas se hallan ahora transformados en la savia de los árboles, en el humus de los cafetales y en el mugido de los bueyes.

No obstante, todo está allí, escrito en medio de la montaña con recia hombría de abuelos campesinos y de viejos tíos que mascaban tabaco para luego escupirlo, y con la ruda feminidad de sus mujeres de furibundas manos y corazón apto para lo imposible. (Dobles 1977: 10)

“Una historia larga”, “casi inadvertida”, en la cual, “los que llegamos de paso” “lo ignoramos casi todo” y “aquellas no son lejanías”, “todo está allí, escrito en medio de la montaña”... Las palabras introductorias invitan a “entender” esta historia o “continuarla”. De esta forma, la novela se convierte en un texto de actualidad, cuya interpretación debe dinamizarse, como “la savia de los árboles” y “el humus de los cafetales”.

La épica de abuelos campesinos, viejos tíos que mascaban tabacos y mujeres con corazón apto para lo imposible⁵ invita a desentrañar un sentido, en el conjunto de una historia donde no todo ha sido dicho.

Todo esto quiere decir que el campesino no es sólo un personaje constante en la narrativa de la primera mitad del siglo XX, el cual en un inicio marcó el referente del ser nacional; ni tampoco se reduce a un mecanismo de manipulación de un discurso monológico que procuraba forjar un concepto de identidad costarricense. El campesino, personaje de Dobles, dista de ser, únicamente, un tipo colectivo víctima del sistema capitalista y, en consecuencia, predestinado a participar de las luchas sindicales.

Más bien, las cuatro generaciones de la historia de *El sitio de las abras* nos muestran a un

campesino que tuvo que ganar la tierra y perderla y de nuevo luchar por ganarla, posiblemente para perderla de nuevo. El campesino es testimonio ya no sólo de “labriego sencillo” o de “peón explotado”, el campesino es personaje, pero también es evidencia de procesos históricos... aún irresueltos.

En este sentido, el final abierto del texto sugiere que las generaciones continuarán. La novela concluye con padre e hijo caminando hombro a hombro, reconociéndose, reconciliándose con su historia de explotación y emergiendo en la esperanza del cambio social y si ese cambio social no se ha verificado, esa generación o la siguiente, asumirá la consigna, ya no en nombre del oprimido (obrero del discurso socialista) si no como apelación del ser humano... por antonomasia, digno.

No cabe duda de que el campesino aún vive, aún sufre, aún existe, aún suda, aún es “nuestro” (aunque los discursos de identidad se hayan desenmascarado necesitamos asirnos de la idea de “ser costarricense”), y ha de continuar en su dinámica de trabajo y de denuncia, más allá de imágenes poéticas-musicales (letra del Himno Nacional) o discursos politizados.

Leer, interpretar, analizar y conocer al “campesino” es una tarea que no acaba y la literatura de Dobles es una ventana hacia este reto. ¿Por qué?, parafraseándolo... porque “no se sabe todo, porque aún se ignora y aún vendrán”... y porque, según el desenlace del texto, cuando una generación de campesinos marcha junto con la anterior “...caminan el uno al lado del otro. Ellos no lo saben; mas, se parecen tanto sus andados” (Final de *El sitio de las abras*).

6. Conclusión

La figura del trabajador de la tierra, tópico presente en la producción literaria de la Generación de los 40, asume el protagonismo en la novela *El sitio de las abras*, de Fabián Dobles. Ahora bien, todavía en los albores del siglo XXI, es “personaje” en las dinámicas de participación de la sociedad costarricense, por lo cual una categorización inmovilista del “campesino” como arquetipo – de una u otra representación- resulta limitada.

En este sentido, surge la necesidad de promover nuevas lecturas y significaciones en torno al concepto-personaje campesino. Si la crítica literaria tradicional ha restringido su identificación entre el “labriego sencillo” y el “peón explotado”, la polifonía de los textos literarios y el dinamismo de los discursos sociales, deben superar este maniqueísmo, desentrañando otras disquisiciones.

Campesino: “perteneciente o relativo al campo; dicho de una persona que vive y trabaja de ordinario en el campo”. La definición del Diccionario de la Real Academia Española extiende las implicaciones del protagonista de Dobles, a todo aquel que se vincule con el campo, por lo tanto: a veces será *labriego* (“labrador rústico”); en ocasiones será *peón* (“jornalero que trabaja en cosas materiales que no requieren arte ni habilidad” –definición bastante peyorativa- o bien, “persona que actúa subordinada a los proyectos e intereses de otra”); pero sobretodo será *trabajador* que, al igual que Espíritu Santo Vega, deberá vencer la inhóspita tierra y convertirla en aliada y, muchas veces, deberá también enfrentar al peor de los enemigos: el egoísmo de los seres humanos.

Notas

- 1 Manuel Picado analiza el fenómeno de la generación como el resultado del reconocimiento, por parte de los propios autores que conforman el grupo, de una serie de coordenadas comunes; esta misma identificación es asumida por la crítica contemporánea y posterior.
- 2 Las migraciones a las “tierras de nadie” fueron respaldadas a nivel estatal, gracias al artículo 45 de la Constitución de 1949 (Zeledón 1999: 73).
- 3 Guillermo Oses en su tesis “Análisis de la ideología de imágenes positivas en *El sitio de las abras* de Fabián Dobles o en busca de un paraíso perdido” (1976), comprueba que existe una incongruencia interna de elementos que señalarían, más bien, un pseudomarxismo.

- 4 Bajtín señala que el texto se concibe como una expresión viva, surgida de manera consciente, en un momento histórico específico, en un medio socialmente determinado, por lo cual ni se excluye del tejido que rodea el objeto expresado (parte de una conciencia socioideológica), ni deja de participar del propio diálogo social. Toda palabra de la novela será expresión de un diálogo, si bien puede ser continuación de la palabra establecida, puede también replicarla, pero ya sea en su consonancia o en su disonancia, esta palabra es, per se, modificada socialmente y se encuentra envuelta en un horizonte socio- ideológico que define el carácter polifónico de la novela (Bajtín 1986:97- 106).
- 5 Si bien un discurso de género resulta viable en una relectura del texto, por los estereotipos del discurso patriarcal, manifiestos en *El sitio de las abras*, dichas consideraciones no resultan pertinentes, según el objetivo de esta disertación.

Bibliografía

- Amoretti, María. 1987. *Debajo del canto*. San José: EUCR.
- Bajtín, Mijaíl. 1986. *Problemas estéticos y literarios*. a Habana: Editorial Arte y Cultura.
- Bonilla, Abelardo. 1981. *Historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Studium (UACA).
- Dobles, Fabián. 1977. *El sitio de las abras*. San José: Editorial Costa Rica.
1993. *Obras Completas. Tomo I y II*. San José: EUCR.
- Oses, Guillermo. 1976. Análisis de la ideología de imágenes positivas en *El sitio de las abras* de Fabián Dobles o en busca de un paraíso perdido. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional.

- Ovares, Flora *et al.* 1993. *La casa paterna*. San José: EUCR.
- Vargas, María Auxiliadora. 1986. Elipsis temporal y evolución ideológica en *El sitio de las abras*. Tesis de licenciatura. Universidad de Costa Rica.
- Vargas, Marco. 1989. "Apropósito del incipit de *El sitio de las abras*". En: *Revista de Comunicación* del ITCR. Número II.
- Zeledón, Ricardo. 1999. *Código Agrario*. San José: Editorial Porvenir.